



MIGUEL DE UNAMUNO, A LA INTEMPERIE

UN VASCO ENTRE DOS SIGLOS

FELIX MARAÑA

El novelista y diplomático *Carlos Fuentes* (México, 1928), autor, entre otras muchas celebradas narraciones, de «Cambio de piel» o «La muerte de Artemio Cruz», ha dicho a propósito de la edición de sus novelas «Gringo viejo» (Seix Barral, 1985) y «Terra nostra» que la «amnesia de nuestra historia nos obliga a ver la importancia del pasado». (1) Coincide así el escritor con importantes cultivadores de la ciencia histórica que insisten en señalar que la memoria es necesaria para el desarrollo del presente. «Si no asumimos los conflictos y las dificultades de nuestro pasado—agrega Fuentes—lo mismo que su riqueza y sus posibilidades, no podemos tener un presente vivo, y el futuro se nos escurrirá entre las manos». Coincidiendo con estas afirmaciones de Carlos Fuentes, el historiador *Herbert Southworth*, autor, entre otros muchos estudios, del libro «El mito de la cruzada de Franco» (Ruedo Ibérico, Paris, 1964), advertía en una reciente intervención en la ciudad de Barcelona contra los intentos de muy diverso signo y procedencia, tendentes a olvidar la guerra civil (1936-39) española. Southworth hizo hincapié en otro axioma que parece irreversible desde la ciencia histórica y desde la conciencia política: no es posible edificar una democracia sobre el olvido, en aras de una supuesta «paz civil». Southworth va más allá al afirmar: «La guerra española es un episodio español, pero nos pertenece a todos, porque es uno de los grandes episodios de este siglo, un episodio universal». Surge, por tanto, la necesidad de una comprensión y análisis intelectual de un periodo que llevó a la sociedad española a una guerra fratricida y sobre el que queda meridianamente probado que fue un ensayo de la barbarie—recordemos abril de 1937, bombardeo sobre Guernica de la aviación alemana—sin fronteras, que, estragando cualquier sentimiento, continuó su ensayo miserable en la II Guerra Mundial, apenas finalizada la española. Memoria histórica, noción de las relaciones e interacciones de la acción humana sobre el periodo pasado y conciencia de la inequívoca utilidad de reconvertir en actitudes civiles aquellos gestos militares que amenazaron de ruina al mundo entero. Cualquier cosa menos olvidar, siquiera sea para no contribuir a lo que en su libro «1984» *George Orwell* nos plantea y que es una «virtud» ensayada con tanto aliño por la

parapolítica: es menester estar preparados ante el poder de dominación que supone la creencia de que quien controla el pasado controla el futuro y quien controla el presente, controla el pasado histórico.

De la memoria de aquel periodo, 1936-1939, que no se puede entender si no se analiza el proceso anterior, singularmente el que se comprende en los años 1931 a 1936 (gobierno constitucional de la República, antes del inicio de la guerra) y, por traslación y referencia a lo dicho anteriormente, las tres primeras décadas del presente siglo. La sociedad española vive un conflicto permanente, al apostar algunos de sus mentores por la renovación y la ruptura con estructuras de poder arcaizantes y ancladas en el siglo anterior y la insistencia en usos y comportamientos caciquiles y anuladores de cualquier conciencia de progreso, por parte de los elementos de poder que conforman, principalmente, la oligarquía, la nobleza y, confundidos entre ambas, los estamentos militar y eclesiástico. Frente a esas clases sociales privadas de cualquier espíritu renovador y detentadoras de una más que decadente consigna de perpetuar las viejas reseñas del pasado, surge, esperanzadora y creativa, una generación de intelectuales que da nombre propio al siglo y referente cultural para cualquier deseo de entender la historia: la *generación del 98*. (2) Ciertamente es que como concepto y aún como agrupamiento de intelectuales, la denominación de esta *generación* engloba un entendimiento que va más allá de tantas simplificaciones como se han hecho con posterioridad. Ciertamente es que, como señala el historiador *Manuel Tuñón de Lara*, no se puede olvidar que ese espíritu renovador que promueven algunos intelectuales, nacidos entre 1864—año en que nace Unamuno—y 1875, tuvo sus precedentes históricos, que conviene recordar. Sitúa Tuñón en ese entendimiento a un grupo que conforma una generación anterior de intelectuales (3), entre los que no es posible olvidar a *Benito Pérez Galdós*, *Francisco Giner de los Ríos*, *Gumersindo de Azcárate* o *Leopoldo Alas*, «*Clarín*» (este último, autor de *La Regenta*; que supone una crítica sin palitativos e inteligente a la decadencia de la sociedad dominante en un ciudad como Oviedo, en la época inmediatamente posterior a la

Restauración borbónica), intelectuales que recrean esa conciencia crítica. La aparición en 1885 de la novela de «Clarín» supone una convulsión del sistema dominante, alentada por la derecha y los sectores eclesiásticos, tan criticados en la obra. Estamos, en cualquier caso, ante dos grupos de generación de pensamiento, que tienen en común la conciencia de la pérdida de una identidad y que aparecen unidos, en ese vaivén zigzagueante de los movimientos históricos, por dos fechas tan singulares en los finales del siglo XIX como son la revolución de septiembre de 1868 y el «desastre» de 1898, en el que se descompone la hegemonía colonial, la pérdida de los resortes de un imperio colonial que había durado siglos.

Sin desconocer otros fenómenos más complejos, como la lenta implantación de un capitalismo en la Península o los influjos de un pensamiento tan determinante como el de *Joaquín Costa*, lo cierto es que en el horizonte de la cultura española, a caballo entre dos siglos, entre una sociedad tradicional que se resiste a morir, a pesar de sus débiles estructuras y, ante los signos esperanzadores de un cambio histórico acorde con el tiempo europeo, aparece esa Generación del 98. Aunque, como toda delimitación que requiere el análisis histórico, la generación no puede encuadrarse dentro de unos parámetros excluyentes, parece fuera de toda discusión que los «componentes» de esa generación se pueden adscribir a tres coordenadas, que, siguiendo a Tuñón de Lara, admitirían esta formulación:

a) Un concepto amplio y pluralista, de ruptura ideológica...

b) Un concepto que abarca a los nuevos escritores—con una preocupación estética, pero en segundo plano—que tiene el sentido de revisión crítica como elemento común.

c) Un repertorio de escritores diversos, nacidos entre 1864 y 1875, pero cuyas diferencias ideológicas y estéticas se han ido agrandando cada vez más».(4)

¿Quiénes eran estos intelectuales? Si sobre la adscripción a este movimiento generacional hay tantas divergencias como autores han estudiado el periodo, la aproximación más consecuente, si nos atenemos a considerarles como grupo generador de una conciencia y una ideología, crítica, bueno es citar la nómina que Tuñón de Lara analiza y critica en «España: la quiebra de 1898», que se compone, con cierta lógica añadida, en razón de la aportación a ese concepto renovador del pensamiento en el tan repetido año de 1898.(5) *Angel Ganivet* (que muere precisamente en ese año), *Miguel de Unamuno*, *José Martínez Ruiz*, «*Azorín*», *Pío Baroja*, *Ramiro de Maeztu*, *Vicente Blasco Ibáñez*, *Jacinto Benavente* y *Joan Maragall*, son estos personajes, que incentivan la creación de una idea de progreso, que se continuará, en el ánimo de otros intelectuales, escritores y artistas de las tres primeras décadas de este siglo. *Antonio Machado*, *Ortega y Gasset*, *Gregorio Marañón*, *Ramón Pérez de Ayala* (los tres últimos protagonistas e impulsores de la Agrupación al Servicio de la República), *Juan Ramón Jiménez*, *Ramón del Valle Inclán* (que fallece a comienzos de 1936), entre otros, la posterior generación del 27, el grupo de sobresalientes poetas como *Vicente Aleixandre*, *Rafael Alberti* o *Federico García Lorca* (asesinado en Granada ahora hace cincuenta años por elementos adscritos a la represión en el bando franquista), y una extensa nómina de creadores de la cultura, mantienen vivo un espíritu cultural que hace de aquel periodo un referente fundamental para la modernización de la sociedad española, en la primera parte de este siglo.

Siendo conscientes del papel diverso que en ese momento histórico desempeñan unos y otros, queda patente no obstante algunos rasgos definitivos con carácter general, de esa extensa nómina:

1) Los intelectuales son conscientes del retraso cultural que vive la sociedad en que se encuentran y quieren renovar.

2) Descienden a la discusión de los problemas reales y a un encuentro con esa sociedad, que comienza a reconocer el papel de los intelectuales en la contienda social (6), singularmente en el decenio 1926-1936.

3) Todos, en mayor o menor medida, se ven afectados por la ruptura histórica que supone el alzamiento militar de julio de 1936, que pagan con el exilio, la muerte o el destierro anterior que supone el ostracismo y la ruina.

Y en ese contexto hay que enmarcar lo que supone la Generación del 98, en la que, inicialmente, y por méritos propios, se encuadran tres vascos: *Miguel de Unamuno*, *Pío Baroja* y *Ramiro de Maeztu*. Tres intelectuales de muy diverso signo y evolución personal e ideológica. Unamuno fallece el último día de 1936, rebelado ante la barbarie, como luego recordaremos; *Ramiro de Maeztu*, es ejecutado por un grupo adicto al bando republicano, el 7 de noviembre de 1936, en Aravaca (Madrid); don *Pío* fallece en 1956. La incidencia de la cultura, concebida en su dimensión más creadora e impulsora del progreso está presente, por tanto, en la tarea intelectual más generosa y alentadora de futuro de la reciente historia. ¿Se comprende por esto mismo, la importancia de estudiar ese periodo histórico, más allá de gestos o actos, que si parecen sinceros no dejan de ser inconsecuentes, después de medio siglo de aquella ruptura? Una de las caracterizaciones de toda formación histórica estable, está directamente relacionada, como recuerda *Pierre Vilari*, con los factores de originalidad que desempeña el pensamiento y el arte (7) y en esa caracterización sobresale con luz propia el pensamiento, la filosofía, la situación crítica frente a todo fenómeno o agravio histórico o social de *Miguel de Unamuno* y *Jugo*. No sería relevante siquiera que esa «generación» hubiera sido o no un movimiento homogéneo; bastaría con saber que llevó sobre sí el papel de renovar política y culturalmente la sociedad en la que se siente parte; una sociedad que corresponde en buena medida con ese nuevo espíritu, aunque, como vendrían a reconocer muchos de ellos—*Manuel Azaña*, presidente de la República, intelectual, así lo refiere—, se encontraba falta de una preparación que conectara con las exigencias y el nivel intelectual de aquellos dirigentes culturales.(8) Si por encima de todo, queda como hecho incontestable que la generación de ese pensamiento crítico y creativo de las tres primeras décadas del siglo, se desmorona dramáticamente ante la rebelión militar de 1936, que

rompe toda relación personal y la ambientación cultural enriquecedora, también es una señal liberadora pensar que de aquella extensa nómina de intelectuales—que, como las clases populares y medias, principalmente, fueron las más castigadas por la guerra civil—, nos quedan hoy muchas obras de todo género artístico. En algunos casos, sobreviven sus protagonistas, a pesar del destierro, a pesar del tiempo.

UN VASCO ENTRE DOS SIGLOS

En ese encuentro entre dos tipos de sociedad hay que situar la evolución, acción y dirección del pensamiento de *Miguel de Unamuno*. En ese encuentro de dos concepciones de la historia y la vida de los pueblos, se suceden hechos que convulsionan la misma dinámica evolutiva de las sociedades. Resumiendo, podemos decir que en una década como la que señalan los años de 1921 a 1931, tienen lugar acontecimientos políticos importantes: desde el desastre de Annual, en Marruecos, de amplio eco y repercusión popular, a la instauración de la dictadura de Primo de Rivera, la oposición obrera y estudiantil contra el mismo, la sublevación militar de *Fermin Galán* contra la monarquía de *Alfonso XIII*, el destronamiento de éste o la proclamación de la II República. Ante ese conjunto de movimientos o contramovimientos sociales y políticos, el intelectual se aplica de muy diversa manera. *Miguel de Unamuno* no fue indiferente ante nada; ante nadie. ¿Por qué?

Giovanni Papini, el autor de «*Gog*», dijo de *Unamuno* que era «uno de los más austeros despertadores de espíritus», agregando que al pensador vasco, autor de un libro tan fundamental en la historia del pensamiento como «*Del sentimiento trágico de la vida*» (1913), había que calificarle como «filósofo sin miedo». Ese coraje intelectual, esa rebeldía crítica frente al sistema torpe y a la persona, al individuo inconsciente de su estado agónico, explica en buena medida la postura crítica y a veces descompuesta, con la que *Unamuno* se pone frente a los hechos históricos, a sus agentes y a sus pacientes. Ahora, que las gentes de aquí y allá, se prestan a recordar el cincuentenario de la muerte del filósofo, se ha dicho—acaso para ocultar otras deficiencias de quien, no conociendo la obra de *Unamuno*, se atreve a decir tonterías—de todo y en muy diversa forma, pero hay una cuestión sobre la que no se puede pasar sin algún reparo. Se dice «*Unamuno* era un ser muy contradictorio», «*Unamuno* era un anti-tal o anti-cual», «*Unamuno* era...». Sobre la contradicción hablaremos después, pero eso no se puede despachar con tanta ligereza.

Unamuno, evidentemente, no se quedaba indiferente ante cualquier cuestión que pudiera afectar a la condición humana y sus valoraciones sobre particulares formas de vivir o sobrevivir, se daban de lleno con lo que al respecto tenían ya programado los profesionales de la dirección de las conciencias, es decir, los políticos. Hay un testimonio muy estimado de uno de sus discípulos que bastaría para retratar al intelectual: «Es sabido que *Don Miguel* nunca se casó con nadie; que estuvo, a veces sólo aparentemente, en contra de todo, como patentizó el título de uno de sus libros. Que lo hizo no sólo por temperamento y carácter, sino también por autoeducación intelectual, pues desde joven, y a modo de ejercicio mental, discutía las ideas del prójimo para problematizárselas a sí mismo y para estimular el pensamiento ajeno».(9) Pero no era más que la razón misma de su actitud ante la vida, la vida personal o la vida social. En lo que se refiere a lo primero, *Unamuno* luchó denodadamente contra la pereza hispana frente al pensamiento y, en lo social, procuró que las corrientes que, desde la ideología o el poder marcan los caminos de los pueblos, muy a pesar de éstos en ocasiones, se procurasen a su vez razones para la acción.

Queda, eso sí, muy claro, que *Miguel de Unamuno* no estuvo nunca contra la luz o contra la verdad. Leamos en los primeros compases «*Del sentimiento trágico de la vida*»: «Soy hombre, a ningún otro hombre estimo extraño». A partir de ahí, no se podrá dudar del objetivo de su pensamiento: el individuo concreto. Leamos en la primera página del citado libro: «Y este hombre concreto, de carne y hueso, es el sujeto y el supremo objeto a la vez de toda la filosofía, quiéranlo o no ciertos sedicentes filósofos».(10) El resto, debería ser una invitación obligada a la lectura y meditación de la obra unamuniana, que ni necesita defensores, ni es toda ella defendible. En cualquier modo, siendo un producto de la luz, cuenta con los resortes y discusiones personales en sí misma, como para favorecer la luz. (11) Cuando ahora se dice que *Unamuno* era contradictorio, se pretende insinuar, con un lenguaje suffido por la política, que no era coherente, que no era consecuente, o, lo que es igual, que era un sujeto de dos—o más—caras. Quien así se expresa, ya hemos insinuado que los políticos o sus representantes—gentes ungidas de funcionario, que les asisten, acompañan, llevan y trasladan su cartera, comen con ellos, y hasta se divierten, a beneficio del erario público, pero desconociendo dónde queda el pueblo y dónde reside la inteligencia—, desconocen lo absurdo que es ser coherente todos los días, si no fuera que la mayor de las incoherencias es ser coherente siempre. Más les valiera a quienes así hablan ahora, con motivo de este cincuentenario, que se aplicaran a la lectura de *Unamuno*—o a la lectura, sin más y sin preferencias—y que, al insinuar tanta contradicción en el filósofo de Bilbao, se refirieran, al menos, con un concepto menos engañoso, como es el de paradoja. Cierto es que también lo tendrían bastante difícil, porque *Unamuno* dejó respuesta para ese particular; y es que la paradoja es algo más que «una proposición contradictoria en apariencia». Veamos lo que dice *Unamuno*:

«Ya sé que muchos de mis lectores dirán que me dejo llevar por mi afición a la paradoja y que procuro ser más ingenioso y divertido que exacto y profundo; pero les juro que se equivocan de medio a medio, y que si éstas son paradojas, lo son de *Pero Grullo*, de quien me consta de buena tinta que se dedicaba a ellas».(12)

Unamuno, que llega a afirmar que «el triunfo supremo de la razón, facultad analítica, esto es, destructora y disolvente, es poner en duda su

propia validez», y que sabe que la razón se limita a interrelacionar los elementos tradicionales, es, antes que nada, un pensador. Cultiva todos los géneros, la novela, el ensayo, el teatro, la poesía y, aunque sea el pensamiento filosófico su dimensión más profunda, es cierto que para comprender en buena medida el siglo XX, para entrar en él con los dos pies, es preciso, como afirma y discute el profesor *J. Manuel López de Abiada*, entrar por, desde, con Unamuno. En unos y otros puede provocar desacuerdo su pensamiento, pero nadie podrá discutirle que éste ha sido generado en contacto con la misma realidad, a pesar de ciertos visos de romanticismo que se desprende de un hombre propio de su tiempo. Decía *Mariano Benlliure* en su libro de amplias referencias unamunianas «El ansia de inmortalidad» (Madrid, 1916) que el gran éxito de Unamuno es haber hecho una filosofía que conecta directamente con aquello que nos interesa. El es, entre otras cosas, el primer escritor en castellano consciente de que incluso la filosofía es lenguaje, como nos recordaba recientemente el escritor *Francisco Umbral*. El es el mentor de un conocimiento y una filosofía que hace de la existencia su condición.

De la dimensión, atracción y extensión de su pensamiento, nos puede dar una idea la influencia que este vasco entre dos siglos, tuvo sobre los intelectuales de su tiempo. Si *Curtius* llamó a Unamuno «Excitador Hispaniae», nada debe extrañar el fervor despertado—también la controversia—por el filósofo. Su pensamiento influye en un poeta tan definitivo como es *Antonio Machado*. Ciertamente es que, como señala prudentemente *Aurora de Albornoz*, (13) no se puede hablar de una identidad de Machado con el pensamiento de Unamuno, pero la influencia—Albornoz prefiere hablar de presencia—es innegable e importante. Bastaría recordar los propios testimonios del poeta andaluz-castellano y ver que en la obra del autor de tantos *decires y pensares* filosóficos (14), la filosofía unamuniana se hace presente como no lo está ningún otro filósofo. Machado, que llamaba a Unamuno «gran don Miguel», considera al vasco como un excelente «excitador», tal como le vieron Papini o Curtius, y la obra de Unamuno le lleva a *plantearse muy profundas cuestiones*. Su testimonio, en cualquier caso, es claro:

*Esa tu filosofía
que llamas dilettantesca,
voluntaria y funambulesca,
gran don Miguel, es la mía.*(15)

Entre sus «Elogios», Machado dedica a Unamuno otro poema, con motivo de la aparición de su libro «Vida de Don Quijote y Sancho» (16) o el poema «Luz», publicado en la revista «Alma Española», en 1904 (17), estima y fervor que expresa por Unamuno, como lo demuestra en «Una carta a Don Miguel de Unamuno», incluida en su «Juan de Mairena».

A estos reconocimientos había que añadir, entre otros, innumerables, el dedicado a Unamuno por el poeta y premio Nobel de Literatura *Juan Ramón Jiménez*, como puede apreciarse en el libro «Conversaciones con Juan Ramón», de *Ricardo Gullón* (18), realizado ya en los últimos años de la vida de este poeta en tierras americanas. La coincidencia en este libro es triple. Juan Ramón pone en más de treinta ocasiones sobre el libro la cita o el recuerdo de Unamuno, tan sólo superado en estas memorias por Antonio Machado. Dice Juan Ramón: «Yo, para leer y releer, o vuelvo a Unamuno y Machado o busco en la gente actual. No se me ocurre releer a Lorca ni a Salinas».(19)

Unamuno, que es con propiedad el primer modernista español, es también, entre otras muchas cosas, el introductor del existencialismo kierkegaardiano en el mundo cultural de expresión castellana. Como señala *Amando Lázaro Ros* en su ensayo «Unamuno, filósofo existencialista» (Aguilar, Madrid 1955), *Kierkegaard* entra en nuestra cultura, a través de Unamuno, veinte años antes que lo hiciera en Alemania y cuatro décadas antes que lo hiciera en otros países europeos. Con ser esto así, para lo cual Unamuno aprendió danés, traduciendo como primera obra desde éste su nuevo idioma el «Brand» de Ibsen, Unamuno tardó en ser reconocido como tal en Europa. Las razones son diversas y no pueden concentrarse todas en la muralla que suponen los Pirineos, pero en un libro tan fundamental para conocer el significado del existencialismo, como el escrito por *Marjorie Grene*, «Dreadful freedom. A critique of Existentialism» (20), no se tiene en cuenta al filósofo vasco, ensayando acerca de tan importantes pensadores como el propio *Kierkegaard*—a quien Unamuno llamaba el hermano *Kierkegaard*—, *Heidegger*, *Jaspers*, *Sartre* o *Marcel*. ¿Un pensador abierto a las más variadas corrientes de la creación y el pensamiento universal puede tener, en cambio, asiento en una sociedad donde, como ha recordado en repetidas ocasiones *Julio Caro Baroja*, el pensamiento individual, no sólo ha estado mal visto, sino que ha sido perseguido? Vamos, por tanto, a recordar algunas escenas de la vida y obra de Unamuno en relación con lo vasco, con su forma de ser vasco, con su identidad pluriforme. Frente a quienes han dicho que Unamuno vive al margen de una posible vida universitaria propia en el País Vasco, hay que recordar que el filósofo fue invitado formalmente por *José Antonio de Aguirre*, primer lehendakari, a ser rector de la Universidad Vasca, hecho que emocionó sobremedida a Unamuno, como recuerda el testimonio del ciudadano *Jesús Arana* (Ver «El Diario Vasco», 1-06-1986).

UNAMUNO MIRA DESDE EL EUSKERA

Si el origen define y aun determina tantas cosas, no resultará extraño, y menos inoportuno, repetir aquí que Miguel de Unamuno y Jugo nació en Bilbao, y que, por activa y pasiva, lo vasco (determinado o indeterminado), fue una constante en la vida personal e intelectual del que fuera rector de la Universidad de Salamanca. Unamuno publica su novela *Paz en la guerra* en 1897 y en ella nos encontramos con el ambiente, la vida, la intrahistoria de la ciudad de Bilbao, durante la segunda guerra carlista. Toda su obra, en



Unamuno en los jardines de la Residencia de Estudiantes de Madrid.

mayor o menor medida, está determinada por esa relación de amor-rechazo crítico al espacio y a la sociedad de la que es originario y su enamoramiento también, como les ocurre principalmente a algunos pintores vascos, de la luz, del espacio abierto de Castilla. Pero un intelectual hecho en la controversia, que no en la arbitrariedad o la manía, sostuvo pareceres acerca del euskera que hoy son insostenibles. Mas quienes le descalifican a Unamuno por esta cuestión o le niegan condición de vasco, deberían comenzar por sentar algún rigor en el tratamiento. Cuando Unamuno niega al euskera la capacidad de ser vehículo de cultura en una sociedad en continuo cambio, lo dice en 1884 y 1887. Es decir, hace un siglo. Unamuno, hoy, incluso en 1950, no hubiera pensado así. El, que formaba parte de ese conjunto de intelectuales que por primera vez en la historia acaso, se acercó a la sociedad, considerándose parte inseparable de ésta e incitándola a adquirir y elevar su vida cultural, hubiera valorado el creciente encuentro de la sociedad vasca con el vascuence, lengua a la que Unamuno dedicó su tesis de doctorado, «Crítica del problema sobre el origen y prehistoria de la raza vasca», leída en la Facultad de Filosofía y Letras de Madrid el día 20 de julio de 1884.(21) La evolución posterior de la lingüística, que ha dado su valor real a las lenguas de extensión minoritaria, y el convencimiento de que toda lengua, por el mero hecho de ser un vehículo de comunicación entre dos personas, es un vehículo universal, habría hecho que un hombre de pensamiento, más allá del hombre pasional, que también fue, fuera hoy un valedor del euskera. A esa especial inquina contra Unamuno por sus opiniones sobre el euskera han contribuido exégetas de todo tipo, que han centrado sus discursos, más en la socio-política del momento, que en los niveles científicos en los que debe encuadrarse cualquier discusión de esta índole. El por tantas causas recordado amigo del pueblo vasco, *Antonio Tovar*, ha sido uno de los estudiosos que en mejor forma han estudiado en este aspecto a Unamuno. Veamos:

«Cuando Unamuno creía, en su falta de fe en el futuro del euskera, que operar en las lenguas y hasta cierto punto dirigir las es imposible, desconocía, como hombre de su época historicista, que siempre han sufrido

las lenguas tales operaciones, y como ahora nos lo recuerda F. Marcos Marin, también la castellana y española las ha sufrido a manos del Rey Sabio en el siglo XIII o de la Real Academia de Felipe V en el XVIII». (22)

Unamuno, que se había propuesto deshonrar—es decir, rehacer, mejorar, remover y discutir—la «honrada poesía vascongada», que así fue definida, por Menéndez Pelayo, fue severo con la poesía conocida hasta entonces en Euzkalerria, pero, como escribía recientemente Federico Krutwig, las actitudes, comportamiento y dirección cultural de algunos vascos de ahora mismo, parece que se empeñan en aportar razones a ese criterio.

En su conferencia «Espíritu de la raza vasca», dada en Bilbao, en la Sociedad El Sitio, en 1887, (23) es especialmente crítico, tanto con la tradición como con el presente. No es consciente Unamuno entonces que acaso él sea el primer poeta vasco que enlaza con la modernidad. Lo que es sin duda, pero sus juicios tuvieron un eco exterior muy grave, dada la autoridad de quien lo decía. El premio Nobel Amado Nervo, citando a Unamuno, dejó escrito que el vasco es poeta por excepción, tesis en la que han asentado juicio otros autores posteriormente, entre los que se encuentra el mismo Jorge Luis Borges. Dice Unamuno:

«...Siento desagradar a algunos; lo siento por ellos, no por mí. El vasco es pobre en imaginación artística, no en sentimiento; son cosas distintas. Siente, pero no sabe expresar; tiene la materia; la forma se le escapa. Así es que de las artes es más apto para aquella que exige más sentimiento, menos imaginación, la música; menos para la poesía»...

«El vasco es poco poeta. El malogrado Don Angel Allende Salazar combatió este aserto, pero citó muchos versificadores, pocos poetas, y ellos, poetas vascongados influenciados por la cultura latina, no poetas de genuina inspiración de la raza»... (24)

Pero más adelante reconoce Unamuno; en la mencionada conferencia:

«¿Quién no recuerda los ilustres nombres de Churruga, Machin, Oquendo y sobre ellos la gran figura de Sebastián Elcano? Primus tu me circumdedisti, tú el primero me rodeaste, fue su divisa. Grande es el mar, señores; más grande es el hombre que le doma»...

«Somos el pueblo de la acción y el movimiento; fuerza, las ideas; fuerza, los sentimientos; la religión, fuerza. Se ha dicho de San Francisco de Asís que si no fue poeta, toda su vida fue un soberano poema. Si por falta de dotes imaginativas no somos poetas, toda nuestra moderna historia es un poema, el santo poema de la lucha por la existencia, fuerza viril par saltar en menos tiempo que otros de la barbarie a la cultura, fuerza para domar el mar y la tierra». (25)

Unamuno, el filósofo que grita cuando piensa que alguien le roba su yo, es, evidentemente, controvertido, pero ahí está en buena medida su riqueza y la contraposición de los textos citados nos da esa idea. Presentarlo hoy como antinacionalista, dejando entrever que, por ello, era antivasco, no sólo es ahistorico, sino falaz y estúpido. Esa controversia que se genera en el más moderno de los vascos, en ese vasco que entra en la modernidad a partir de lo que es y, sin menospreciarlo, sabe discutirse su identidad, su cultura, su lengua, es propia, también, del vasco de hoy. A pesar de lo que Unamuno dice en «Del sentimiento trágico de la vida» (26), a este vasco entre dos siglos le sucedió, sin ser consciente de ello, una contrariedad que en muchos vascos de hoy es pura contradicción: ser una cosa, tener una identidad, y, al propio tiempo, pretender ser otra, tener otra personalidad. Esta dualidad, ser una cosa y a la vez su contraria, que resulta tan difícil como imposible, genera la suficiente dosis de violencia, interior y exterior, aunque no se repare hoy a admitirlo. Y menos, a superarlo. Decir que somos contradictorios, no debería tomarse por acusación de inconsecuencia y si esto es así, no debería asustarnos, porque reconocer la contradicción, es un signo de madurez, un buen signo de salubridad social. Porque si se insiste en la contradicción unamuniana para subrayar una opinión, desde aquí y ahora, sesgada por la política, convendría tener en cuenta que el desarrollo de la vida social en Euzkalerria está hoy animado—o desanimado—por innumerables paradojas; algunas, procedentes de complejos históricos por resolver, y otras, sustentadas por la actitud de quienes, vanagloriándose de no haber sido romanizados, tienden a menospreciar el pensamiento.

La conciencia luminica de este vasco entre dos siglos, que se refleja a lo largo de su extensa obra (convenientemente leída, como ejercicio de memoria histórica, ahora que se cumple el cincuentenario de su muerte, ha de provocar en muchas conciencias más luz que indiferencia), queda patente en su actuación el 12 de octubre de 1936, en la Universidad de Salamanca. Entre los oradores, el escritor José María Pemán y el general Millán Astray. Ante los gritos en favor de la muerte de éste y sus legiones de falangistas, y el ataque del profesor Francisco Maldonado a los nacionalismos catalán y vasco, a los que calificó como «cánceres de la nación», y en presencia del obispo Pla y Deniel, Unamuno tomó la palabra:

«Estáis esperando mis palabras. Me conocéis bien y sabéis que soy incapaz de permanecer en silencio. A veces, quedarse callado equivale a mentir. Porque el silencio puede ser interpretado como aquiescencia. Quiero hacer algunos comentarios al discurso, por llamarlo de algún modo, del profesor Maldonado. Dejaré de lado la ofensa personal que supone su repentina explosión contra vascos y catalanes. Yo mismo, como sabéis, nací en Bilbao. El obispo, lo quiera o no lo quiera, es catalán, nació en Barcelona»...

(Pausa)

«Pero ahora acabo de oír el necrófilo e insensato grito: ¡Viva la muerte! Yo, que he pasado mi vida componiendo paradojas que excitaban la ira de algunos que no las comprendían, he de deciros, como experto en la materia, que esta ridícula paradoja me parece repelente. El general Millán Astray es un inválido. No es preciso que digamos esto con un tono más bajo. Es un inválido de guerra. También lo fue Cervantes. Pero desgraciadamente, en España, hay actualmente demasiados mutilados... Me atormenta el pensar que el general Millán Astray pudiera dictar las normas de la

psicología de la masa. Un mutilado que carezca de la grandeza espiritual de Cervantes, es de esperar que encuentre un terrible alivio viendo cómo se multiplican los mutilados alrededor»...

«Este es el templo de la inteligencia y yo soy su sumo sacerdote. Estáis profanando su sagrado recinto. Venceréis porque tenéis sobrada fuerza bruta. Pero no convenceréis. Para convencer hay que persuadir. Y para persuadir necesitariais algo que os falte: razón y derecho en la lucha»... (27)

La inteligencia, menospreciada y asediada por la barbarie, mostraba así su fe en la razón. Unamuno murió a poco tiempo de este incidente (31 de diciembre de 1936). «Hora de poesía», la revista editada en Valencia durante la guerra civil, donde se expresaban los intelectuales defensores de la legalidad republicana, recordaba al filósofo como algo suyo, a pesar de su actitud frente a la rebelión franquista. La guerra y la consiguiente «paz» inevitable, mostró sus más graves consecuencias en la miseria intelectual que impuso el nuevo régimen, que supone la ruptura con aquel proyecto cultural de progreso, generado y alentado por una extensa nómina de intelectuales, a quienes, desde entonces, se les niega la paz y la palabra, como recordaría León Felipe. Pero esa paz y palabra—y pan—que se negó a los intelectuales, también se negó al pueblo entero. Nos queda estudiar y conocer ese periodo, a través de sus protagonistas—conocidos y anónimos—. Porque sólo se ama cuando se conoce. Y viceversa. Porque si no es justo hacer oídos sordos a la historia, en aras de una falsa reconciliación de quienes, desde una nueva generación, no hicimos la guerra, para que la historia no confunda la memoria, es justo, equitativo y saludable, recorrer el pensamiento de quienes pensaron, recuperándolos para el futuro en lo que sean recuperables.

Pueden quedarse fríos, en la intemperie.

NOTAS

- (1) V. Diario *El País*. Madrid, 11 de junio de 1986. Pág. 36.ª.
- (2) Para estudiar este periodo y su significación histórica evolutiva, ver Manuel Tuñón de Lara, «España: la quiebra de 1898. Costa y Unamuno en la crisis de fin de siglo» (Sarpe, Madrid, 1986, 227.ª págs.) y Manuel Tuñón de Lara, «Medio siglo de cultura española. 1885-1936» (Bruguera, Barcelona, 1982, 453.ª págs.).
- (3) España: la quiebra de 1898; pág. 16.ª y 123.ª, entre otras.
- (4) Idem; págs. 130.ª y 131.ª.
- (5) Ibidem; págs. 131.ª y ss.
- (6) Manuel Tuñón de Lara. *Medio siglo de cultura española*, págs. 445.ª y ss. de la edición citada.
- (7) *Historia de España*; Editorial Crítica, Barcelona, 1985, 21.ª edición, página 10.ª.
- (8) Si nos atenemos a la sentencia de F. Nietzsche, «una generación es un rodeo que da la naturaleza para producir un genio», el agrupamiento de esa *Generación del 98*, se justificaría con la contribución de Miguel de Unamuno al pensamiento universal. Unamuno, junto con Jorge Oteiza, son, hasta la fecha, los dos genios creadores que ha dado Euzkalerria en el presente siglo, sin desconocer la gran aportación de Pío Baroja.
- (9) V. «Un gesto de Unamuno». Artículo de Francisco Vega Díaz, en diario *El País*, Madrid, 10 de junio de 1986.
- (10) *Del sentimiento trágico de la vida*. Losada, Buenos Aires, 4.ª edición, 1971, pág. 7.ª.
- (11) Entre las lecturas más originales y profundas que se hayan hecho del pensamiento de Unamuno, hay que citar las realizadas por Jorge Oteiza en dos de sus libros: *Quosque tandem...* (Hordago, Donostia, 4.ª edición, 1983) y *Ejercicios espirituales en un túnel*. (Hordago, 2.ª edición, 1984). Ver índices y notas del autor en referencia directa de Unamuno.
- (12) Los que, al referirse a la actitud paradójica de Unamuno, nos quieren situar frente a su actitud ante la política de su tiempo, hay que hacerles saber y preguntarles por algunos conceptos: ¿se están refiriendo al Unamuno fuerista (1880), al positivista (1884), al federalista (1887), al socialista (1893), al nicodemita (1898), al contemporizador desconcertado de la rebelión militar franquista (1936) o a quien, frente a la barbarie del grito de Millán Astray en la Universidad de Salamanca—«¡Viva la muerte!»—, contesta con claridad y arrojo «¡Viva la inteligencia!» (1936)? Sobre esto ha escrito Jon Juaristi algunas líneas. Ver artículo «Olvidar Arana, olvidar Unamuno...», en diario «Tribuna Vasca». Bilbao, 27 de febrero de 1983.
- (13) *La presencia de Miguel de Unamuno en Antonio Machado*, Madrid, Edi. Gredos (Biblioteca Románica-Hispánica), 1968.
- (14) *Decires y pensamientos filosóficos*, es el título de la edición para Cuadernos para el Diálogo (Madrid, 1971), hecha por A. de Albornoz sobre la antología de la prosa machadiana, editada en tres volúmenes.
- (15) Antonio Machado. «Poesías completas». «Poema de un día. Meditaciones rurales», pág. 247.ª y ss. de la 11.ª edición de Espasa Calpe, Madrid, 1979.
- (16) P.C., pág. 319.ª.
- (17) P.C., pág. 511.ª.
- (18) *Conversaciones con Juan Ramón Jiménez*, Taurus, Madrid, 1958.
- (19) Idem, pág. 116.ª.
- (20) El libro, traducido con el título de «*El sentimiento trágico de la existencia. Análisis del existencialismo*», fue editado en castellano, en versión de Amado Lázaro Ros, y publicado en 1955, Aguilar, Madrid.
- (21) V. *La raza vasca y el vascuence*. Espasa Calpe, Madrid, 1974.
- (22) Antonio Tovar. «*Mitología e ideología sobre la lengua vasca*». Alianza Madrid, 1980, pág. 201.ª. Tovar ha realizado diversos estudios sobre Unamuno y el euskera. V. el trabajo del mismo autor, «Unamuno y la lengua vasca» en revista «Resurgimiento», n.º 1, Barcelona-Madrid, 1980. Victor Pozanco Editor, págs. 201.ª a 209.ª. En la misma revista de pensamiento y estética, se incluye también un trabajo de Consuelo Rodríguez sobre «El tema del amor en la poesía de Unamuno» (págs. 167-171.ª).
- (23) *La raza vasca y el vascuence*, op. cit., pág. 53.ª y ss.
- (24) Idem, pág. 64.ª.
- (25) Ibidem, págs. 76.ª y 77.ª.
- (26) Edición citada, pág. 13-14-15.ª, entre otras. (Ver nota 10.ª).
- (27) Aunque las versiones difieren en razón de la tensión y la falta de testimonios que no sean personales, el historiador Hugh Thomas, en *La guerra civil española*, registra este incidente y anota esta intervención de Unamuno (Edición de «Diario 16», 1986, págs. 447.ª y 448.ª).